

The Changeling

JUDITH ORTÍZ COFER

As a young girl
vying for my father's attention,
I invented a game that made him look up
from his reading and shake his head
as if both baffled and amused.

In my brother's closet, I'd change
into his dungarees¹—the rough material
molding me into boy-shape; hide
my long hair under an army helmet
he'd been given by Father, and emerge
transformed into the legendary Ché²
of grown-up talk.

Strutting around the room,
I'd tell of life in the mountains,
of carnage and rivers of blood,
and of manly feasts with rum and music
to celebrate victories *para la libertad*.³
He would listen with a smile
to my tales of battles and brotherhood
until Mother called us to dinner.

She was not amused
by my transformations, sternly forbidding me
from sitting down with them as a man.
She'd order me back to the dark cubicle
that smelled of adventure, to shed
my costume, to braid my hair furiously
with blind hands, and to return invisible,
as myself,
to the real world of her kitchen.

1 *dungarees*: trousers made of heavy, durable material

2 *Ché*: Ernesto (Ché) Guevara: Argentine-born revolutionary leader

3 *para la libertad*: for freedom

Transformación

TRANSLATED FROM THE ENGLISH BY JOHANNA VEGA

Cuando era pequeña,
compitiendo por la atención de mi padre,
inventé un juego que lo hacía levantar la vista
de lo que leía y mover la cabeza
como si estuviera a la vez sorprendido y divertido.

En el armario de mi hermano, me ponía
sus pantalones—el áspero material hacía
que mi cuerpo pareciera el de un chico; escondía
mi pelo largo en el casco
que le había regalado papá y salía
transformada en el legendario Ché
de las conversaciones adultas.

Pavoneándome en el cuarto,
hablaba de la vida en las montañas,
de las manzanas y los ríos de sangre,
y de los banquetes masculinos con ron y manzanas música
para celebrar los triunfos para la libertad.
Con una sonrisa él escuchaba
mis cuentos de batallas y fraternidad
hasta que mamá nos llamaba a cenar.

A ella no le divertían
mis transformaciones, prohibiéndome severamente
que me sentara con ellos como hombre.
Me ordenaba que volviera al cubículo
que olía a aventuras para quitarme
el disfraz, para trenzarme el pelo furiosamente
con manos ciegas y que regresara invisible,
como yo misma,
al mundo real de su cocina.